

Por ello el hombre que aguarda en vano un pasaporte y trata inútilmente de cobrar una libranza de 8.000 pesos contra la Tesorería de Cartagena, se une, a nivel del manejo de la anécdota, con el coronel al cual nadie le escribe, con el general Aureliano Buendía que perdió todas sus guerras, con el dictador insepulto en su palacio lleno de vacas y con el buque que navega, Magdalena arriba y abajo, eludiendo la peste con su carga de amor. Y el Bolívar que recorrió dicho río cuatro veces se trueca en el García Márquez que lo navegó once veces en su adolescencia y que ahora, pasando de los sesenta años, recrea en este texto su polémica relación con la historia de Colombia, Bolívar sigue incitando a la autobiografía. Como el mismo García Márquez lo dijo en su entrevista en *Semana*: «La única debilidad que me reconozco es que es un libro vengativo contra los que le hicieron a Bolívar lo que le hicieron»<sup>7</sup>. Por lo cual quizá Plinio Apuleyo Mendoza, comentándolo, se pregunta: «¿Un viejo ajuste de cuentas hacia la antigua ciudad virreinal cuyas ínfulas siempre lastimaron al costeño pobre que fue Gabo cuando joven? A lo mejor, aunque se trataría de una reacción inconsciente —de un inconsciente colectivo, costeño— que en el caso del libro se apoya, es cierto, en hechos históricamente objetivos»<sup>8</sup>.

De ahí los dos discursos del libro, el histórico y el novelístico, el autobiográfico y el creativo, y la fusión de los mismos en un único producto: el de la novela histórica. Apoyada en el documento, socializada en un ámbito democrático y alfabeto, en el cual el lector se identifica imaginariamente con gestos e ideales posibles, la novela histórica de la época romántica hallará su fuente en los orígenes mismos de una comunidad, analizando la conformación de su identidad. Típico producto, como dice Noé Jitrik, de «una generalizada ansiedad por el presente»<sup>9</sup> en el cual el hecho histórico va siendo desplazado por la peripecia del protagonista: no de dónde se procede sino quién se es. Dicha novela, al pasar a América, hará de su búsqueda no tanto la social y clasista sino la de una legitimidad nacional. La ficción como persuasión. De allí la fascinación que sobre ella ejercen no los héroes secundarios sino los personajes principales: Pancho Villa o el dictador Francia, Henri Christophe o Bolívar. La novela histórica, producto romántico, se ejerce sobre una historia que es fundamentalmente una historia del poder, consustancial, por cierto, a la problemática del Estado. Sólo que su rasgo predominante, como anota Jitrik, «es que pone el acento en el carácter didáctico del elemento trágico». «Lo trágico se constituye sobre lo que es invariable en la historia a partir de una acción imaginaria sobre lo ya sabido. En esta filiación; no resulta sorprendente que todo protagonista de novela histórica sea trágico».

Bolívar, el héroe trágico, ha desplegado así sus íntimas desarmonías sobre un drama más vasto: el drama de la independencia americana. Estos libros contribuyen a esclarecerlo, retomando la justa observación del propio analizado: «Para juzgar a las revoluciones y a sus jefes, debemos observarlos desde cerca y juzgarlos desde muy lejos». Só-

<sup>7</sup> María Elvira Samper: «Es un libro vengativo», *Semana*, Bogotá, n.º 358, 20-III-89, pp. 26-33.

<sup>8</sup> Plinio Apuleyo Mendoza: «Rumbo a la muerte», *El Tiempo*, Bogotá, 20-III-89, p. 5A.

<sup>9</sup> Noé Jitrik: «De la historia a la escritura. Predominios, disimetrías, acuerdos en la novela histórica latinoamericana», en su libro *El balcón barroco*, México, U. Nacional Autónoma, 1988, pp. 49-74.

lo que todo juicio sobre Bolívar es un juicio sobre nosotros mismos: aún está vivo. Gracias a estos libros lo vemos de cerca. ¿Ya estaremos a tiempo para juzgarlo desde muy lejos?<sup>10</sup> Sólo que tal cercanía no disminuye su grandeza. Por el contrario: la acrecienta. Hace real nuestro afecto.

Juan Gustavo Cobo Borda



Retrato de Bolívar, óleo de la pintora cubana Rita Matilde de la Peñuela,  
de mediados del siglo pasado

<sup>10</sup> Para un análisis de la retórica bolivariana ver *Simón Bolívar: Discursos y proclamas, compilados y prologados por Rufino Blanco Fombona, Buenos Aires, El Cid Editor, 1978, cuya lectura demuestra la eficacia práctica de su verbo romántico y los remanentes neoclásicos del mismo. Un muy perspicaz análisis de «La imagen argentina de Bolívar, de Funes a Mitre», es el de Tulio Halperín Donghi en su libro El espejo de la historia, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1987, pp. 113-39.*

